

DOMINGO DE RAMOS. PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO SEGÚN SAN
MATEO 26,14-27,66.

C. En aquel tiempo Jesús fue llevado ante el gobernador y el gobernador le preguntó:

S. - ¿Eres tú el rey de los judíos?

C. Jesús respondió:

+ - Tú lo dices.

C. Y, mientras lo acusaban, los sumos sacerdotes y los ancianos, no contestaba nada. Entonces Pilato le preguntó:

S. - ¿No oyes cuántos cargos presentan contra ti?

C: Como no contestaba a ninguna pregunta, el gobernador estaba muy extrañado. Por la fiesta, el gobernador solía soltar un preso, el que la gente quisiera. Tenía entonces un preso famoso, llamado Barrabás. Cuando la gente acudió, dijo Pilato:

S. - ¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, a quien llaman el Mesías?

C. Pues sabía que se lo habían entregado por envidia. Y mientras estaba sentado en el tribunal, su mujer le mandó a decir:

S. - No te metas con ese justo porque esta noche he sufrido mucho soñando con él.

C. Pero los sumos sacerdotes y los ancianos convencieron a la gente que pidieran la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. El gobernador preguntó:

S.- ¿A cuál de los dos queréis que os suelte?

C. Ellos dijeron:

S.- A Barrabás.

C. Pilato les preguntó:

S. - ¿Y qué hago con Jesús, llamado el Mesías?

C. Contestaron todos:

S. – Sea crucificado

C. Pilato insistió:

S. - Pues, ¿qué mal ha hecho?

C. Pero ellos gritaban más fuerte:

S. -¡Sea crucificado!

C. Al ver Pilato que todo era inútil y que, al contrario, se estaba formando un tumulto, tomó agua y se lavó las manos ante la gente, diciendo:

S. -Soy inocente de esta sangre. ¡Allá vosotros!

C. Todo el pueblo contestó:

S. - ¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!

C. Entonces les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran.

C. Entonces los soldados del gobernador se llevaron a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de él a toda la cohorte: lo desnudaron y le pusieron un manto de color púrpura y, trenzando una corona de espinas se la ciñeron a la cabeza y le pusieron una caña en la mano derecha. Y, doblando ante él la rodilla, se burlaban de él diciendo:

S.- ¡Salve, rey de los judíos!

C. Luego le escupían, le quitaban la caña y le golpeaban con ella la cabeza. Y terminada la burla, le quitaron el manto, le pusieron su ropa y lo llevaron a crucificar.

C. Al salir, encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, y lo forzaron a llevar su cruz. Cuando llegaron al lugar llamado Gólgota (que quiere decir lugar de «La Calavera»), le dieron a beber vino mezclado con hiel; él lo probó, pero no quiso beberlo. Después de crucificarlo, se repartieron su ropa echándola a suertes y luego se sentaron a custodiarlo. Encima de la cabeza colocaron un letrero con la acusación: ÉSTE ES JESÚS, EL REY DE LOS JUDÍOS. Crucificaron con él a dos bandidos, uno a la derecha y otro a la izquierda.

C. Los que pasaban; lo injuriaban y meneando la cabeza decían:

S. -Tú que, destruyes el templo y lo reconstruyes en tres días, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz.

C. Igualmente los sumos sacerdotes con los escribas y los ancianos se burlaban también diciendo:

S. - A otros ha salvado y él no se puede salvar. ¡Es el Rey de Israel!, que baje ahora de la cruz y le creeremos. Confió en Dios, que lo libre si es que lo ama, pues dijo: «Soy Hijo de Dios»

C. De la misma manera los bandidos que estaban crucificados con él lo insultaban.

C. Desde la hora sexta hasta la hora nona vinieron tinieblas sobre toda la tierra. A la hora nona, Jesús gritó con voz potente:

+ - Elí, Elí, lemá sabaqtaní.

C. (Es decir:

+ - Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?).

C. Al oírlo algunos de los que estaban por allí dijeron:

S. – Está llamando a Elías.

C. Enseguida uno de ellos fue corriendo; cogió una esponja empapada en vinagre y, sujetándola en una caña, le dio de beber. Los demás decían:

S. - Déjalo, a ver si viene Elías a salvarlo.

C. Jesús gritando de nuevo con voz potente, exhaló el espíritu.

C. Entonces el velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo; la tierra tembló, las rocas se resquebrajaron, las tumbas se abrieron y muchos cuerpos de santos que habían muerto resucitaron y, saliendo de las tumbas después que él resucitó, entraron en la ciudad santa y se aparecieron a muchos. El centurión y sus hombres, que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba dijeron aterrorizados:

S. - Realmente éste era Hijo de Dios.

¡MIRAR LA CRUZ!

La liturgia del domingo de Ramos, como pórtico de entrada a la Semana Santa, asocia dos momentos opuestos entre sí: la acogida de Jesús en Jerusalén y el drama de la Pasión, el «¡Hosanna!» festivo y el grito repetido muchas veces «¡Crucificalo!», la entrada triunfal y la aparente derrota de la muerte en la cruz.

Del mismo modo que Jesús entró en Jerusalén, Él desea también «*entrar en nuestras ciudades y en nuestras vidas*». Cabalgando sobre un simple pollino, viene a nosotros humildemente, pero viene «*en el nombre del Señor*». Con el poder de su amor divino perdona nuestros pecados y «*nos reconcilia con el Padre y con nosotros mismos*».

Jesús está contento de la manifestación popular de afecto de la gente que le sale al paso y ante la protesta de los fariseos para que haga callar a quien lo aclama, responde: «*si estos callan, gritarán las piedras*». Si entonces, nada pudo detener el entusiasmo de aquellas gentes que tampoco nada nos impida encontrar en Él la fuente de nuestra alegría, la alegría que permanece y da paz. Y es que «*sólo Jesús nos libera de los lazos del pecado, de la muerte, del miedo y de la tristeza*».

Sin embargo, su salvación-liberación no se realiza con ninguna entrada triunfal, ni con milagros poderosos. San Pablo, en la segunda lectura, sintetiza con dos palabras el recorrido de la redención: «*se despojó*» y «*se humilló*» a sí mismo. Dos palabras que expresan hasta qué extremo ha llegado el amor de Dios por nosotros.

Jesús se despojó de sí mismo. Renunció a la gloria de Hijo de Dios y se convirtió en Hijo del hombre, para «*ser en todo solidario con nosotros pecadores*», Él que no conoce el pecado.

«*La humillación que sufre llega al extremo en la Pasión*». Es vendido por treinta monedas y traicionado por un beso de un discípulo que Él había elegido y llamado amigo. Casi todos los demás discípulos huyen y lo abandonan. Pedro lo niega tres veces.

«*Humillado en su espíritu*» con burlas, insultos y salvazos, sufre «*en su cuerpo*» violencias atroces: golpes, latigazos y una corona de espinas le desfiguran su aspecto haciéndolo irreconocible. «*Sufre también la infamia y la condena*» inicua de las autoridades, religiosas y políticas y del gentío que apenas unos días antes lo aclamaba. «*Jesús es hecho pecado y reconocido injusto*».

Solidario en todo con nosotros, en la cruz experimenta también el misterioso abandono del Padre. Sin embargo, en el abandono, «*ora y confía*»: «*Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu*». Y en el culmen del anonadamiento, revela el rostro auténtico de Dios, que es «*misericordia*».

«*Perdona a sus verdugos*», abre las puertas del paraíso al ladrón arrepentido y toca el corazón del centurión. Si grande es el misterio del mal, «*infinito es el Amor derramado*», llevando luz donde hay tinieblas, vida donde hay muerte, amor donde hay odio.

A nosotros, tan limitados como somos, nos parece difícil, por no decir imposible, «*olvidarnos un poco*» de nosotros mismos. Por ello nos cuesta entender este «*modo de actuar de Dios*», que se humilla por nosotros para conducirnos a la Vida. ¡Cuánto nos cuesta a nosotros renunciar a alguna cosa por Él y por los demás!

Pero si creemos en Jesús, si queremos seguirle, no hay otro camino que elegir su camino: **«el camino del servicio, de la donación, del olvido de uno mismo»**. Podemos acercarnos a este camino deteniéndonos a **«mirar el Crucifijo»**. Para aprender de **«su amor humilde»**, que salva y da la vida, para **«renunciar al egoísmo»**, a la búsqueda del poder y de la fama.

Estamos tan atraídos por miles de vanas ilusiones por aparentar, que nos olvidamos de que **«la persona vale más por lo que es que por lo que tiene»**. Con su humillación, Jesús nos invita a **«purificar nuestra vida»**.

Volvamos, pues, a Él la mirada. **«Mirar la cruz»** es dejarse interpelar en nuestras **«prioridades, opciones y acciones»**. Con la cruz no se negocia, o se abraza o se rechaza. Y con su humillación, Jesús quiso abrirnos el camino de la fe, recorriéndolo Él mismo.



Pidamos, pues, la gracia de **«entender algo de su humillación»** y hacerlo, **«no de palabra sino con hechos»**. Ser capaces de **«llevar nuestra cruz»** con paciencia, de no rechazarla, ni deshacernos de ella, sino que, mirándolo a Él, la aceptemos y la llevemos cada día con dignidad.

Y reconozcámosle, también, como **«Señor de nuestra vida»** y respondamos a su infinito amor **«con un poco de amor concreto»**. Que no le contemplemos sólo en imágenes, sino que seamos capaces de **«verlo en nuestro prójimo»**. Jesús está presente en muchos de nuestros hermanos y hermanas que hoy sufren como Él, que sufren a causa de **«las guerras»**, por **«el paro o un trabajo esclavo»**, por **«dramas familiares o enfermedades»**.

Hoy vivimos, en vivo y en directo, los numerosos muertos y angustias que esta **«pandemia del coronavirus»** nos está ocasionando. Y aunque son muchas las muestras **«de solidaridad y de heroísmo»** que estamos viendo, son muchas, también, las personas que sufren. Jesús está en todas ellas, en cada una de ellas, y con ese rostro desfigurado, con esa voz rota nos pide **«que se le mire, que se le reconozca, que se le ame»** ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
5 de abril de 2020